



## La ermita de los Hoyos

Ignacio Bermejo Sanz

La Serranía de Cuenca, así, en su conjunto, es una enorme extensión de barrancos, de ríos, de cerros y sierras, poco poblada, mal comunicada y con abundante cubierta vegetal, que se halla en el Sistema Ibérico.

Pero a esa visión global escapan muchos lugares singulares que han ido conformando la identidad que hoy poseemos. Lugares, que pese a la lejanía en el tiempo o al aislamiento geográfico, permanecen todavía en la memoria colectiva de los serranos.

Hay que preguntarse qué vieron en estas tierras aquellos antepasados para asentarse en estos parajes pese a las fieras, lo escarpado del terreno o el clima tan extremo. Intentaremos responder a estos interrogantes pasando por algunos de esos enclaves fascinantes en los que todavía se siente la fuerza misteriosa y profunda de la noche de los tiempos.



### LA ERMITA DE LOS HOYOS

Está situada en el término del Pozuelo. En la cuenca del Guadielo. En una elevación sobre el Arroyo de la Virgen, en torno a los 1.000 metros de altitud, protegida de los vientos del norte y dominando una pequeña vega. Parajes como Toriles, Palomares, Molino de la Losa, Tragavivos, etc., están próximos a su enclave.

Desde tiempos de Neolítico, posiblemente, hasta la actualidad no ha dejado de haber presencia humana. No lejos se divisa un cerro con restos de un castro celibérico y a muy poca distancia se halla la Peña Escrita (inscripción romana) y una calzada también romana. Hay restos de época tardo romana y la presencia de la ermita está documentada desde la Edad Media. Aquí se celebraba, cada 11 de Septiembre, una de los más grandes romerías de la Serranía. Gentes del Pozuelo, de Carrascosa, de Beteta, de Masegosa, de la Herrería, de Cañizares, de Cañamares, de Fuertescusa, de Priego, de Alcantud, etc., se acercaban hasta la ermita con ánimo de divertirse y rezar pero también porque en su interior latía la atracción remota que emana de este lugar. Aquí se conocían y se hacían noviazgos mientras ballaban, se fraguaban amistades al compartir la comida, se tejían redes de hospitalidad para sus viajes (como antes hicieron los celiberos) y se intercambiaban saberes sobre agricultura o ganadería. También se continuó la tradición de los exvotos, que se ofrecían a la Virgen y colgaban de las paredes del interior. Cientos de personas venidas a lomos de caballerías, y andando descalzas algunas, se congregaban antes de empezar el nuevo año agrícola-ganadero (29 de septiembre, día de San Miguel) y pasaban un día o dos de descanso y asueto. La leyenda del Lagarto de Los Hoyos nos transporta hasta la América del Descubrimiento y no hace falta mucha imaginación para ver a los niños en torno a una hoguera escuchando los relatos de los mayores que luego transmitirán a otras generaciones. Los "Cuquillos" de los Hoyos siguen siendo para muchos de nosotros ese cordón umbilical que nos une a las generaciones pasadas. El Molino de la Losa, a tiro de piedra de la ermita, conoció una época de esplendor al terminar la guerra civil del 36 y por aquí anduvieron los maquis en esa época tan angustiosa. Es posible que todavía queden restos por descubrir en los alrededores que nos den más pistas sobre este enclave y que nos aporten datos precisos sobre su antigüedad y poblamiento.

Pero mientras tanto, acercarse hasta el paraje de la ermita a pie o en coche es una experiencia singular y recomendable. Contemplar la portada neoclásica de la ermita mientras se pone el sol; divisar las enormes sierras lejanas o pasear hasta el nacimiento del arroyo cercano mientras la naturaleza lo rodea todo en la calma de los días, nos harán sentir la fuerza que aún irradia este lugar que desde la noche de los tiempos fue elegido por los dioses para morada de sus hijos <3

